

IX Congreso de la Asociación de Colombianistas. Colombia en el contexto latinoamericano (Santafé de Bogotá, D. C., julio 26 al 29 de 1995). Memorias, Coordinación editorial: Myriam Luque, Montserrat Ordóñez, Betty Osorio, Santafé de Bogotá: Universidad de los Andes / The Pennsylvania State University, 1997.

Prescindiendo de los discursos inaugurales, la obra comienza con un homenaje al poeta Fernando Charry Lara, cuyo segundo libro de poesías (*Nocturno y otros sueños*, 1949) contó con un prólogo consagratorio de Vicente Aleixandre. Siguen las conferencias de las sesiones plenarios: «La cultura colombiana: razón de ser», de Juan Gustavo Cobo Borda, letrado y diplomático; «Dos centenarios y una región», de Kurt L. Levy, trata de la obra de Tomás Carrasquilla y de numerosos colegas carrasquillistas, todo ello de la pluma de un gran conocedor; Roberto Pineda Camacho se ocupa de «La Constitución de 1991 y la perspectiva del multiculturalismo en Colombia»; a diferencia de su antecesora de 1886, que quería fundar la nación colombiana sobre la tradición hispana y católica, la nueva Constitución reconoce la diversidad étnica y cultural del país, si bien el gobierno todavía no ha implementado las consiguientes reformas relativas al ordenamiento territorial indígena.

La sección «Legados» de las presentes *Memorias* contiene estudios sobre cuatro representantes fundamentales de la literatura colombiana:

na: José Asunción Silva, León de Greiff, Jorge Isaacs y Eduardo Caballero Calderón. De Isaacs y su clásica *María* no es casualidad que se ocupen tres mujeres (Susana Zanetti, Mónica Ayala y Blanca Inés Gómez de González) en otros tantos enjundiosos estudios. La última sección («Perspectivas sobre la literatura colombiana») contiene seis artículos, tres de ellos (!) sobre Soledad Acosta de Samper.

En mi opinión, la sección más importante es la penúltima, «Literatura afrocolombiana», cuya primera contribución está dedicada a la ya citada *María*. La segunda importa por provenir de la pluma de uno de los novelistas colombianos más relevantes de la actualidad, él mismo afrocolombiano (Manuel Zapata Olivella), al cual, a su vez, está dedicada la tercera contribución (de Marvin A. Lewis). Un artículo dedicado a García Márquez («Presencia de la cosmovisión yoruba en *Del amor y otros demonios*» de María Stella Vidal Ruales) permite ver hasta qué punto el gran novelista «nobelpremiado» ha superado su ignorancia del mundo negro caribeño, patente en sus narraciones costeñas anteriores (la costa colombiana del Caribe es la que monopoliza, o poco menos, la población afrocolombiana y, como es sabido, constituye al mismo tiempo la tierra en la que García Márquez pasó su infancia); en un artículo de principios de los años 70, el ya mencionado Zapata Olivella había advertido esta ignorancia o ausencia.

Cristo Redentor do Corcovado, *María Augusta Machado, Rio de Janeiro, Arquivo Público do Estado do Rio de Janeiro, 1997, 111 págs.*

Este librito es una especie de enciclopedia sobre el famoso monumento carioca. La museóloga Machado trata en él de todo aquello que pueda relacionarse con la insigne estatua. Comienza por estudiar la cruz como símbolo universal, puesto que dicha estatua tiene los brazos en cruz.

Explica luego los elementos constituyentes de la iconografía del tema y reseña los pasos fundamentales de la historia de la devoción a Cristo en la advocación del Sagrado Corazón, la cual se remonta a la Edad Media y culmina en el pontificado de Pío XI (1922-1939); en su advocación de Cristo Rey, el culto alcanza su apogeo en la institución de la fiesta del mismo nombre el 27-10-1930. La advocación casi idéntica de Cristo Redentor es la que cristaliza en Brasil en la famosa estatua, inaugurada el 12-10-1931.

La autora elenca los demás monumentos dedicados al Cristo Redentor en diversos países y reúne la información de tipo político (ley brasileña de 1890 sobre la separación de la Iglesia y del Estado) que explica la creación del monumento como reacción del pueblo creyente. La obrita se completa con una serie de datos arquitectónicos e históricos, incluyendo la reproducción de documentos de la época de la inauguración del Cristo, además de numerosas ilustraciones.

El Carnero (según el otro manuscrito de Yerbabuena), *Juan Rodríguez Freile, edición, introducción y notas de Mario Germán Romero, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1997, 367 págs.*

Rodríguez Freile (nacido en 1566 en Bogotá) «es quizás el autor más leído y editado en Colombia» (p. XV). El título original de la obra aquí reseñada es *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del mar océano*, y todavía no se ha logrado averiguar a qué se debe el título zoológico con el que se la conoce ahora. El manuscrito original se ha perdido, pero se sabe que su redacción data de 1638, comenzada cuando su autor ya contaba 70 años. Para publicarse como libro tuvo que esperar hasta 1859. Su fama se debe a que transmite informaciones de primera mano de las primeras épocas de la colonia y aún anteriores, incluyendo entre estas últimas la famosísima leyenda del Dorado y otras historias indígenas que Rodríguez Freile aprendió de su amigo el cacique Juan; éste fue sobrino del Guatavita que era cacique de la región bogotana a la llegada de los españoles. El carácter en buena parte testimonial de la narración que es objeto de la obra hace que ésta sea contada entre las crónicas de Indias.

Con la publicación anotada de este manuscrito, Romero hace una contribución importante a esa edición crítica

ca del *Carnero* que todavía nadie había realizado. Amén de la historia de este manuscrito y de su principal poseedor (actualmente es propiedad del Instituto Caro y Cuervo), más una descripción de los demás manuscritos, un valioso índice onomástico y una «Autobiografía de Juan Rodríguez Freile» confeccionada en forma de montaje de fragmentos dispersos por el libro, Romero proporciona un análisis de varios relatos del *Carnero* con ayuda de documentos de la época y concluye sosteniendo que es sumamente probable que sean enteramente veraces las narraciones en cuestión, que otros autores habían puesto en duda. En su mayor parte, los estudios introductorios no son nuevos, sino que datan de la edición del *Carnero* según el primer manuscrito de Yerbabuena, edición que también estuvo a cargo de Romero y vio la luz en 1984 en la misma colección (Biblioteca Colombiana) en que ha sido publicado este «otro manuscrito de Yerbabuena».

Cuando se reedite esta meritoria publicación, el aspecto crítico mejorará si se introducen las correcciones siguientes: 1. En «ya que lo en él [ha] acontecido, no serán las conquistas del Magno Alejandro» (p. 1) hay que eliminar lo añadido por Romero en corchetes (paréntesis rectos). 2. Otro tanto en «llevarlo a un monte alto y desde él mostrarle todos los reinos del mundo y la gloria del de lo cual [sic] no tenía Dios necesidad» (p. 87); para la inteligen-

cia del texto basta poner una coma después de ese «del», que significa «de él». 3. Lo mismo en la declaración de que pintores y poetas «pueden fingir [sic]», a diferencia de los cronistas que deben decir la verdad (p. 118); ese «fingir» no significa lo mismo que en la actualidad, sino que es un latinismo tomado del mismo contexto horaciano (*Ad Pisones*) correctamente señalado por Romero en una nota, y significa «componer algo ficticio» en oposición a la veracidad a que están obligados los cronistas. 4. Eliminar asimismo el añadido de «la victoria que el pueblo de Dios había tenido contra [el] faraón y su ejército» (p. 231), ya que «faraón» ha sido usado como nombre propio (y por tanto sin artículo) en textos de la época. 5. La primera frase del capítulo 18 dice así: «Entrádosenos ya por las puertas el tiempo en que al Nuevo Reino de Granada le trocaron la garnacha en su gobierno por una capa y espada». En nota a pie de página explica correctamente Romero que «Entrádosenos» es un error de transcripción por «Entrádosenos». Falta agregar que, entonces, «ya» debe ser sustituido por «ha». 6. En «se levantó una polvareda, que sigo a los dos los ojos de la razón» (p. 307), «sigo» es error de transcripción por «cegó».

Léxico documentado para la historia del negro en América (siglos XV-XIX). Tomo I: Estudio preliminar,

Humberto Triana y Antorveza, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1997, 440 págs.

El elemento negro es el tercer componente étnico americano. Su estudio muestra, hasta ahora, sobre todo lagunas. El presente estudio es una contribución importante en la cual, como el título lo indica, el autor no se ha conformado con recopilar el vocabulario, sino que ha notado la ventaja e importancia de ordenar por separado los materiales teóricos que habían sido la base de sus investigaciones lexicográficas.

Triana se remonta a las primerísimas etapas, las de la España del siglo XV que ya había tenido contactos exploradores con el África subsahariana. Lo mismo dígase del italiano Colón, como él mismo lo señala en su diario de navegación. Aparte de los grumetes negros anónimos de los viajes colombinos, dos conquistadores de color han dejado sus nombres a la posteridad: Estebanillo y Juan Garrido. Desde el punto de vista lingüístico es importante tomar en cuenta los esfuerzos evangelizadores que en América (y antes en España) fueron dedicados a la población negra, así como la creación en 1836, en Cuba, de la sociedad secreta negra de los *ñáñigos* (hoy más conocida como *abakuá*), cuyos miembros se comunicaban en lengua *apapa*. Asimismo la *santería*, religión cuyo sincretismo afrocristiano le permitió sobrevivir de la misma manera que a los sincretismos religiosos indígenas.

Mucho espacio dedica Triana al interesantísimo tema de las relaciones entre negros e indios, incluyendo el curioso fenómeno de algunos negros que llegaron a actuar como intérpretes de lenguas indígenas. Especialmente importantes es, a este respecto, la mezcla étnica de ambos grupos, que el autor ejemplifica con el caso particular de los miskitos y los garifunas. Igualmente interesante es la aparición del negro en documentos indígenas, tanto en códices mexicanos como en la obra magna del peruano Guaman Poma de Ayala (nombre tradicionalmente mal escrito como Guamán, y peor aún, en la presente obra, al menos en dos ocasiones, como Guzmán).

Muy fructífero es el análisis que efectúa Triana de los aspectos jurídicos y sociales del esclavismo, sin olvidar la actitud de los teólogos al respecto y la repercusión del todo en la literatura hispanoamericana (*María de Jorge Isaacs, El gaucho Martín Fierro* de José Hernández, etc., pero también en la creación literaria popular e incluso musical, como es el caso de numerosos villancicos que imitan el castellano hablado por los negros). El último capítulo estudia el *palenquero*, lengua criolla de base castellana que desarrollaron en San Basilio del Palenque (Colombia, a unos 70 km de Cartagena de Indias) los esclavos cimarrones. En total, una obra sumamente valiosa, imprescindible desde ahora para cualquier estudio sobre el tema.

Agustín Seguí